

Carlos CASTRODEZA: *Razón biológica. La base evolucionista del pensamiento*. Madrid: Biblioteca Nueva (2011), 268 pgs.

*Eloy Rada*

Reaparece esta obra del Pfr. Castrodeza (se había publicado en Minerva. Madrid 1999) con algunos añadidos que amablemente nos adelanta en la «Palabra preliminar» que abre la nueva edición. Curiosamente esta publicación sigue ahora a otras dos (2007 y 2009) a las que había precedido, quizá demasiado, ya que viene a ser la clave sin la cual no es fácil entender (Diéguez 2009) a las que la siguieron (o seguirán), pues aquí es donde se formula lo que denomina «Tesis global de esta obra» (y de las siguientes añadimos por nuestra cuenta). De lo dicho se infiere que Castrodeza estableció en ella, si así se puede decir, las bases de su visión del mundo y del hombre y su papel en el medio natural y cultural. Mi propósito aquí es, primero, dar cuenta de los capítulos centrales de esas bases y en segundo lugar señalar algunos aspectos de las mismas en que las discusiones siguen abiertas y presumiblemente seguirán por tiempo.

## I. La base Evolucionista

Una «Introducción (para emotivos)» que titula «*La base evolucionista de la ilusión*» nos pone ante una mitológica imagen de nuestra llegada desde la pre-humanidad hasta la cultura en que nos movemos (como occidentales). La evolución ha dado a luz primero homínidos, luego hombres prehistóricos que poco a poco se van haciendo conscientes y después razonan y, cuando lo hacen, se ilusionan con sus razonamientos «ilusorios» y cuando lo descubren cambian sus razonamientos y con ellos sus ilusiones y tampoco aciertan a salir del laberinto ilusorio de sus razonamientos y luego ocurre que Darwin parece que encuentra una salida (¿correcta?) y, si lo fuera, la salida quizá consista en no saber nunca si lo es o no lo es... porque la madre evolución no acaba nunca con su parto, y por lo tanto «*Rompamos con nuestros propios dientes ese cordón y dejémonos ir...*» (29) en la corriente evolutiva que nos trajo y que nos lleva no sabemos a dónde. Si nos situamos en esta perspectiva azarosa hasta el presente e imprevisible hacia el futuro, las estrategias de supervivencia de los seres vivos, las de los humanos que no son de distinta índole dentro del proceso universal de cambios evolutivos, y cuanto ha ocurrido o vaya a ocurrir, no es en el fondo más que puro accidente.

De aquí que la tesis global sea el accidentalismo —*visión accidentalista de la existencia. Es decir, desde esta perspectiva el ser vivo que denominamos humano sería el resultado final hasta la fecha de accidentes orgánicos evolutivamente encadenados, como lo sería cualquier otro ser vivo (15)*— Desde esta perspectiva todo cuanto fenotípicamente caracteriza o puede caracterizar al ser humano debería ser interpretado en términos de *Razón Biológica*, es decir, en términos de accidente biológico funcional o disfuncional según el momento y el lugar. De tal modo que, si algo puede considerarse esencialmente humano, esto sería lo que accidentalmente le haya propiciado la evolución orgánica que ha ocurrido en el espacio y tiempo de su existencia sobre la Tierra. Los rasgos diferenciales son, por tanto, puros accidentes ocurridos en el transcurso del proceso evolutivo. Uno, *esencial* según los esencialistas, *accidental* según los accidentalistas, es la mente y sus funciones en el proceso de supervivencia de los humanos. Y aquí empieza el análisis *accidentalista* de Castrodeza.

Si el lenguaje y la mente fuesen esenciales para el hombre igualmente lo serían el ladrido y el instinto para el perro, aunque en ambos casos esos rasgos, tanto si son esenciales como si son accidentales, han devenido biológicamente como evolución funcionalmente condicionada por la supervivencia. Pero toda supervivencia ocurre en un medio natural, medio que determina la mayor o menor funcionalidad (incluso disfuncionalidad si el medio cambia) de los rasgos presentes en cada ser vivo. El capítulo primero nos sitúa en este análisis. Se titula «*El aspecto «involutivo» del proceso evolutivo*» y considera situaciones de posibilidad accidentalista en los diferentes ámbitos de la aparición de los rasgos que caracterizan a lo «humano», desde la pura pretensión de vivir hasta las estrategias (término este que debemos entender como equivalente a *resultados adaptativos*) de índole epistemológica o de progreso.

El siguiente capítulo se dedica a las «*Estrategias adaptativas y eficacia biológica*». Aquí el problema central reside en analizar como rasgo adaptativo al conocimiento humano y su relación con el instinto presente también en otros seres vivos. Hay un epígrafe, «*2.6.1-La razón vale para lo mismo que el instinto*» (98), en el cual se «matiza» la situación evolutiva del hombre provisto de conocimiento y conciencia, como «*adaptación que le supondría al ser humano una capacidad inicial de control del medio, a favor de su propia supervivencia, aparentemente mayor que la que pudiera haber tenido ningún ser vivo jamás*». La idea de que el instinto, en tanto que automatismo biológico, está en línea ancestral respecto a la inteligencia humana pro-

cede del hecho de que ambos condicionan el comportamiento de sus respectivos portadores: comportamientos semejantes admiten en el caso humano respuestas instintivas o respuestas inteligentes y por ello pueden entrar en colisión de modo que «*o se desarrolla el instinto a expensas de la razón, o viceversa*» (101). La elaboración conjetural de esta disyunción lleva al autor a formular posibilidades extremas en que la Evolución acabase eliminando a uno de los dos «contendientes». Y, aunque esta conjetura o la más drástica de extinción de la humanidad tenga pocas o ninguna probabilidad a la corta, sin embargo es una forma eficaz de ilustrar la tesis central de la accidentalidad de todas las formas vivas y de los rasgos que las caracterizan en el presente.

El esfuerzo aclaratorio se hace aún más contundente en el capítulo tercero *¿Para qué sirve la Ética?*. Seguramente que los humanos, desde el punto de vista etológico, somos la única especie viva que ha elaborado algo tan complejo como la cultura y todo cuanto resulta asociado con ella. De todo esto, una manifestación peculiar es la Ética como alternativa posible y determinante a la conducta instintiva. Aunque el *altruismo* debe a Sir William Hamilton una formulación explicativa de los fenómenos de ayuda y colaboración entre próximos biológicos, esto está muy lejos de bastar para comprender en toda su amplitud lo que entre los humanos figura como conducta ética. E incluso alguien pudiera pensar que el «amor al prójimo» es algo antinatural o «sobrenatural». Trataré de simplificar el problema central de este capítulo. Podría sonar algo así: El lugar de la Ética en el medio cultural en que nace, crece y se adapta es simplemente «un medio-ambiente» accidental como todos los medio-ambientes naturales aunque lo llamemos «conciencia ética». Es cierto que es un medio más complejo e inestable que otros puramente «físicos» y menos cambiantes. Pero no es algo esencial cuya naturaleza escape al proceso selectivo que lo introdujo en escena. El esfuerzo por hacer asumible este carácter accidental y adaptativo de la Ética (y de la Razón como fundamento de ella) se hace cada vez más evidente cuando trata de mostrar que pertenece a la propia noción de Selección Natural como resultado, como una adaptación más, y que incluso autores de la talla de Sober dislocan, por no entenderlo así, la noción básica de Selección Natural. A una larga cita de Sober en la que este acaba diciendo que «*Dicho proceso* (el de la Selección Natural) *es la base de un proceso selectivo independiente*, (el del cerebro y la cultura) *definido por sus propias magnitudes de eficacia biológica y heredabilidad. La Selección Natural ha dado luz a un proceso selectivo que va por libre*», el autor responde con ira: —¡No! ¡No! ¡Y mil veces

*No!* (135) —.El análisis que hace Castrodeza de este rasgo cultural es largo y casi perifrástico (3.6.3— *Experimentos mentales*). El lector tiene que formular él mismo una respuesta a la pregunta capitular. Quizá una que diga: *sirve para sobrevivir en un medio dotado de valores inestables*. Esto supone que se trata de una adaptación accidental a un medio (cultural) accidental y en cambio (accidental) permanente.

Los dos capítulos finales IV y V abordan la inestabilidad de los valores que constituyen las bases del medio en que la ética, la política o, en general, la cultura resultan biológicamente interpretables como condicionantes ambientales de la mente humana. El capítulo IV, bajo el título «*Hacia una solución biológica al problema de las dos culturas*» aborda la distinción entre racionalismo e irracionalismo, ya contemplada en el capítulo anterior, tanto en su aspecto histórico-cultural como en su aspecto biológico. El conglomerado emotivo-instintivo aparece guiado (con muchas matizaciones) por la intuición hacia sus objetivos más inmediatos de supervivencia. En el análisis de Castrodeza, además de estas conexiones inmediatas aparece otra menos directamente vinculada al comportamiento y más implicada en la cultura «*instintivista-irracionalista*» y no científica. La distinción entre «*Las dos Culturas*» es abordada en relación con las respectivas contribuciones a la supervivencia y ello incluso en hipotéticas situaciones límite en las que la Selección Natural ocurriera en un nicho también hipotéticamente condicionado por la extinción de una u otra (4.1.5— *Lo Irracional como solución* (162). La elaboración de estas panorámicas contrapuestas se desarrolla en la segunda parte de este capítulo (4.2 —*Posturas encontradas*) previa advertencia de que la... *quizá, atrevida explicación biológica (accidentalista) ofrecida resulte lo suficientemente verosímil* (164). El lector me permitirá que se lo resuma con las propias palabras del autor: *Porque así como, visto desde el instintivismo, lo que dice el racionalista es trivial (en lo que respecta a los auténticos problemas de la existencia), para un racionalista la traducción a su lenguaje de lo que dice un instintivista, no solo es también trivial, sino, a menudo, contradictorio* (167). ¿En qué lado, podríamos preguntar, recaerá la Selección Natural si el medio ofrece alternativas? Cabe esta pregunta dentro de la concepción accidentalista pues la Evolución se despliega en un medio dado y este *medio cultural* en que ocurre el despliegue de la evolución humana encierra tan dispares condiciones como lo racional y lo irracional (el instinto y la razón) o con sus propias palabras: (*la mentalidad pre-lógica* (de Levy-Bruhl) *es lo que aquí se considera intuicionismo. Y, como se sabe, esa mentalidad no se estima por Levy-Bruhl como inferior o errónea, en el sentido*

*clásico que le dieron los antropólogos ingleses Edward Tylor o James Fraser, sino simplemente como alternativa al pensamiento lógico o racional (172-3)).*

El dilema planteado entre estos dos aparentes extremos que podemos enunciar de varios modos como p.e., *racionalismo-irracionalismo, instinto-razón, cultura intuitiva-ciencia racional*, se aborda en un apartado final del capítulo (4.4— *Genética y Selección Natural*) que desarrolla cinco puntos de entre los muchos posibles. Estos son: 1)

*Los virus de la mente (los memes); 2) El cerebro ¿Órgano religioso o racional; 3) Ciencia, religión, racionalidad e historia; 4) Dos mentes, un sólo cerebro; y 5) Efervescencia religiosa contra racionalidad premeditada.*

Castrodeza se adentra en una discusión muy diversificada en cuanto a los tópicos seleccionados que, por definición, no pueden ser suficientes para decidir una cuestión planteada desde el supuesto accidentalista si, como creemos, en este supuesto las predicciones tienen su mayor base (aunque no única) en la genética cuantitativa (Moya 2001) más que en diferencias genéticas o fenotípicas acreditadas como índices posibles de una «dirección» selectiva. Por supuesto el autor es consciente de esta insuficiencia predictiva respecto a la posible evolución de la humanidad en una u otra dirección pues cada una de ellas tiene su pro y su contra y también es consciente de la más radical precariedad de la tesis accidentalista respecto a las predicciones evolutivas a largo plazo. En tal situación las conclusiones no pueden ir más allá del enunciado de cuestiones abiertas tanto para la investigación como para la conjetura razonable. Se cierra el capítulo con una cuestión muy expresiva (4.5— *¿Quién se lleva el gato al agua?*)-

El capítulo V y último (*La Diversidad del Intelecto y su Lógica Biológica*) es más bien un repaso historicista del desarrollo de la razón y de la concepción que de ella y sus funciones han tenido los hombres a lo largo de la historia. Un fondo no explícito de esta excursión histórico-filosófica está constituido por la necesidad de explorar hasta qué punto el medio y la función del Intelecto se determinan mutuamente a lo largo del proceso general adaptativo de la humanidad (aunque aquí se trate primordialmente de la que se vincula con el «occidente»). Si el Intelecto y sus funciones (las filosóficas más que otras) tienen consecuencias funcionales o disfuncionales no parece, a la luz de la his-

toria, muy fácil de decidir. Y de otra forma, sólo nos queda esperar que la Selección Natural lo decida a solas.

## II— Y Cuestiones abiertas.

El programa naturalizador del hombre y sus funciones tanto orgánicas como mentales ya fue formulado o, al menos, vislumbrado por Darwin en el *Origen de la Especies*. Recordemos que se cierra con aquella declaración de que, *mientras este planeta ha ido girando según la constante ley de la gravitación, se han desarrollado y se están desarrollando, a partir de un comienzo tan sencillo, infinidad de formas cada vez más bellas y maravillosas*. Y sólo dos páginas antes había pronosticado que «*En el futuro veo mucho campo para investigaciones mucho más importantes....sobre los cimientos de la necesaria adquisición gradual de cada una de las facultades y aptitudes mentales. Y se arrojará mucha luz sobre el origen del hombre y su historia*». El «*futuro*» que preveía Darwin no se hizo esperar mucho, aunque la *luz* sobre el origen del hombre y su historia aún sea más bien un tanto escasa. Desde el mismo momento en que Darwin propuso la unidad de la vida (la tesis continuista) frente al dualismo reinante surgió la dificultad de explicar la presencia de las funciones mentales en el *homo sapiens* como resultado de la evolución por selección natural. Y no solo por las implicaciones que dicha tesis representaba para los creyentes esencialistas de cualquier credo, sino por la dificultad intrínseca de las investigaciones que Darwin requeriría. Él mismo identificó algunas de ellas como la insuficiencia del registro fósil o las vinculadas con las variaciones de origen genético etc. Pero estos problemas se han ampliado hoy con algunos otros procedentes del propio desarrollo de las investigaciones realizadas en ambos campos más las que han incluido entre los factores ambientales la totalidad de las circunstancias históricas presentes en el juego evolutivo. Así han aparecido estudios sobre el origen del lenguaje (Ch. Kenneally 2007), por no referirnos al despliegue de la Biología Molecular, a la Genética, a la Neurología y la Neurociencia etc.

Una vez reconocidos los avances en todas estas ciencias básicas para descifrar el desarrollo del proceso evolutivo que condujo a la aparición de la conciencia en los humanos, debemos asumir la escasa «*luz*» que nos han arrojado hasta la fecha (Nick Lane 2008) «*la mente no detecta— de hecho no puede detectar—*

*la existencia del cerebro» y por si fuera poco «La introspección en momentos inoportunos no es una propiedad con probabilidades de sobrevivir a los rigores de la selección» (302).*

No vamos a entrar en los problemas derivados de las culturas en tanto que nichos ecológicos de quita y pon. En realidad no vale la pena trasladar a los tiempos de la selección los vaivenes de las épocas culturales ni siquiera en tiempos en que «avanzan» (se dice) a velocidad de vértigo. La evolución tiene ritmos propios y su calendario no se corresponde con el de los años solares. Por ello las discusiones sobre las adaptaciones funcionales o disfuncionales de la humanidad a unas u otras pautas conductuales, razón frente a instinto, p.e, no pueden ser predictivas en modo alguno, lo cual remite las conjeturas, como las de Castrodeza, a un ámbito probabilístico del tipo que propugna la genética cuantitativa, o de un modo más sociológico, las variaciones fenotípicas observables a largo plazo en poblaciones enteras.

Finalmente que la Biología Evolutiva fundamente la naturaleza de la Ética parece muy poco discutible si la tesis continuista se acepta como base de la idea de naturaleza. Cualquier forma de dualismo, en cambio, introducirá algún elemento exógeno que, a la postre resulte incompatible con la idea continuista. En tal caso, el problema queda reducido a un nivel de discusión escasamente relacionado con la ciencia disponible en este momento. Es evidente que la introducción de la cultura como producto de la mente humana es tan obligado como es, para el estudio de otras especies, el conocimiento de todas sus formas y estrategias de supervivencia. Por eso la excursión de Castrodeza por algunos campos de la cultura humana es absolutamente pertinente, aunque obligadamente incompleta, pues (así lo confiesa) va muy ceñida a lo que llamamos cultura occidental, a la cual, además, se viene adjudicando el usufructo de la Razón. La supervivencia de los humanos inmersos en una u otra forma cultural no parece suficiente criterio para dirimir la preponderancia biológica de una sobre otra, aunque se pueda conjeturar alguna mayor eficacia biológica en función de recuentos poblacionales (fitness). Que este campo quede abierto a elaboraciones futuras es una garantía de la supervivencia de la Filosofía de la Biología.

«Ya en pruebas de este número hemos conocido la muerte de Carlos Castodreza, al que desde aquí recordamos y al que dedicaremos en el próximo número una memoria más amplia».



## Referencias.

- CASTRODEZA Carlos (2009). *La darwinización del mundo*, Barcelona: Herder,
- (2007). *Nililismo y supervivencia: una expresión naturalista de lo inefable*, Madrid: Trotta,
- DIÉGUEZ, Antonio (2009). «Nililismo darwinista», *Teorema*, vol. XXVIII/2, pp. 215-21 [estudio crítico de *La Darwinización del Mundo*, Herder, Barcelona].
- KENNEALLY, Christine (2007). *The First Word*. Trad. Cast., *La Primara Palabra*, de Enrique BERNARDEZ. Madrid: Alianza Edit. (2009).
- LANE, Nick. (2008). *Life Ascending*, Trad. Cast., Juan Soler, Los Diez Grandes Inventos de la Evolución. Barcelona: Ariel (2009)
- MOYA, Andrés (2001). «The Quantitative-Genetic Analysis of Thought: A Risky Proposal», *Biology and Philosophy*, N° 16, 415-422.
- SOBER, Elliott y D. S. Wilson (1997). *Unto Others. The Evolution of Altruism*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

